

'Ay filliña, ya nada es igual desde que no pasa por aquí la carretera a Galicia, desde que abrieron la autovía. Para los coches es mejor, ahora en cinco horas se hacen el viaje de Madrid a Vigo, pero nosotros nos hemos quedado apartados, como sin vida. La carretera era todo, venía gente, nos hablaban de lo que pasaba por ahí, hacían gasto, compraban, comían. Ya no queda más que una taberna, de las cuatro que había. La modernidad, las prisas, que ahora lo que importa es el tiempo, ganar tiempo.'

'Recuerdo cuando hicieron la carretera, hace muchos muchos años. Antes de eso los lobos bajaban al pueblo y guardábamos escopetas en la casa para defendernos. De los lobos y de los bandidos, al estar el pueblo en medio del monte sólo se podía llegar andando por unos caminos estrechos, imposibles en invierno por

tantos como venían a comer. Y el panadero se hizo rico con lo que servía a los bares; hacía pan todos los días porque tenía harina; antes de la carretera cuando había mucha nieve nos quedábamos aislados, nadie llegaba hasta aquí y comíamos de lo guardado.

Yo estaba harta de tanto jamón, pasábamos mucho tiempo comiendo jamón, que se conservaba todo el invierno, y aquí los cerdos y la matanza nunca ha faltado. Luego, con la carretera, llegaba un camión dos veces por semana. Se paraba en la plaza y tocaba la bocina. Traía de todo, cosas que no habíamos visto nunca. No sólo de comer, también telas, y cacharros de cocina. Aún recuerdo la primera vez que vi una lata. No sabíamos lo que era hasta que nos lo explicó. Era de guisantes y nos contó que las latas las habían inventado los americanos.'

'En aquella época, te hablo de los años 50, España estaba muy atrasada, pero nosotros todavía más, porque no se podía llegar al pueblo. Ni a misa podíamos ir en invierno, ni los críos a la escuela. Ahora, aunque nieve, pasa un autobús todos los días a recogerlos. Ellos no entienden que muchos de nosotros no sabemos leer y escribir, no entienden que no podíamos ir a la escuela. Ahora, con los transportes y con la televisión la vida es muy distinta, mejor. Aunque nos quejamos de la autovía, pero cuando echamos la vista atrás y recordamos cómo estábamos antes de la carretera pues bueno, hay motivos para pensar que no es tan mala la cosa. Dicen que van a poner aquí una casa rural ¿sabes algo?

Eso traería a la gente, porque estos caminos son preciosos, y desde lo alto se ve lo más bonito de Galicia y lo más bonito de Zamora, estos montes son muy buenos para pasear y para disfrutar. Y aquí se come muy bien, que hacemos un cocido que tendrían que aprender de él los cocineros esos que salen en televisión; pero como la gente no lo sabe pues no para.

A lo mejor con la casa rural se empieza a hablar de nosotros, y se llega muy bien, que los de la autovía se ocupan de que la carretera hasta aquí no tenga baches. Yo digo que tendríamos que poner un cartel anunciando que hay un pueblo a solo dos kilómetros, que se come bien y que tenemos un puente de piedra único en el mundo, y un río con truchas. Podíamos poner una foto del puente, a ver si la gente se anima. Porque si vienen, seguro que repiten, es un pueblo pequeño pero bonito y además sabemos tratar a la gente de fuera, de cuando todos paraban aquí porque había que coger fuerzas para seguir el camino, que cruzar este puerto era una aventura, te cogía un camión delante y podías pasar horas sin poder adelantarlo.'

Mi madre, la del capote del guardia civil, nos contaba que cuando hicieron la carretera el campamento de los obreros iba cambiando de un lugar

Relato con mirada atrás

la nieve. Los bandidos sabían que no teníamos ninguna protección, nadie que pudiera venir a ayudarnos, llegaban por la noche y se llevaban lo poco que teníamos. Mi abuela, que vivía sola, tenía un capote de la guardia civil colgado a la entrada de la casa, para que los bandidos pensaran que estaban allí los guardias y se marcharan.'

'No sé de donde sacó aquel capote, pero estuvo años allí, yo lo recuerdo, solo lo guardó cuando hicieron la carretera y cambió todo esto. Volvieron los que se habían marchado a trabajar a Orense, o a Cataluña, o a América, y hasta pusieron una gasolinera. Una gasolinera que dio mucho dinero. También una pensión y varios bares. Uno de ellos tenía fama hasta en Madrid, a veces no tenían mesa de





a otro, y que pusieron también el tendido de la luz. Tuvimos luz y carretera al mismo tiempo. Venían los obreros, cuando podían, a tomar unos vinos, y contaban que dormían en unas tiendas y que tenían que hacer guardias por la noche para que los bandidos no robaran el material. Y también por los lobos. Qué miedo los lobos. Bajaban al pueblo también, muy silenciosos, pero como las gallinas hacían ruido, desde la ventana se veían sus ojos, que brillaban. Nos han hecho cada escabechina... Ahora no hay, hace muchos años que no vemos ninguno,

pero todos los viejos del pueblo tienen historias de lobos que contar. Pasábamos un miedo... Además, como no podía venir nadie en nuestra ayuda, porque a veces no se podía llegar en varias semanas, pues los lobos eran un peligro. Al hijo de Eudisia, que salió con una escopeta, le saltó uno por detrás y le hizo un desgarrón en la espalda que casi le mata. Le poníamos aguardiente en las heridas, ni había médico ni un teléfono para pedir socorro. Vivió de milagro. Luego ya, con la carretera, como vino más gente a trabajar y a vivir aquí, nos pusieron un

dispensario y viene un médico todas las semanas. Ése no falla. Visita a los más mayores y recibe a los enfermos. Tenemos dos abuelas centenarias aquí, que cosen y todo, y sin gafas. La Maruxa anda mal del oído, pero su prima Manuela hasta sube al monte, está fuerte como un roble. Y cuida muy bien a las bisnietas, unas gemelas de cuatro años que se pasan la vida en su casa. Y es que ahora andamos un poco mal con lo de la autovía, pero aquí se vive bien. Te lo digo yo, que vivo aquí desde antes de la guerra y he visto de todo.'